



Bal d'Onsella

Los colores del silencio



JORGE LONGÁS MAYAYO

ediciones
Lectio





Bal d'Onsella

Los colores del silencio



Bal d'Onsella5



Monte.....13



Agua.....33



Cielo.....55



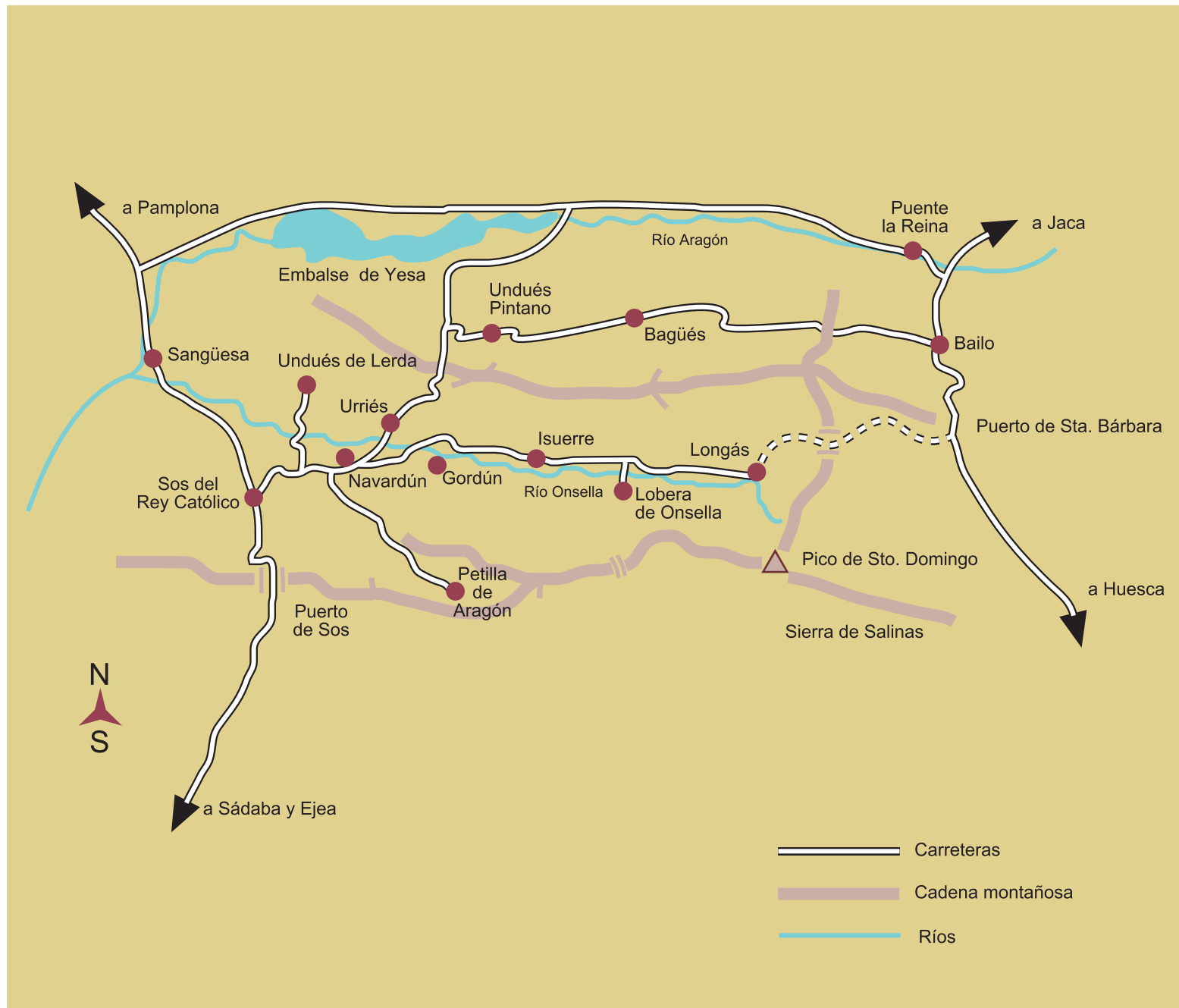
Tierra.....73



Pueblos93



Bal d'Onsella. Los colores del silencio





Bal d'Onsella

Al anochecer apenas se divisa alguna luz lejana de las farolas de los pequeños pueblos, sin coches en la estrecha carretera. La tierra cruje al paso y un suave cierzo golpea ligero los tejados y las espigas de trigo. El silencio parece escucharse. Con el día algunos pájaros rompen la quietud. Las ovejas pasan, sin prisa, y el resplandor del sol lo inunda todo. En derredor tierra y campos. Cercano está el río, más risueño, rodeado de chopos que lo cortejan. Y allá arriba el monte Santo Domingo, impenetrable, vigilando en silencio. El tiempo parece detenerse. Es más, no sólo el reloj se ha parado, parece como si el tiempo llevara tiempo detenido. Silencio. ¿Dónde estamos? ¿Es un sueño o verdaderamente existe? Tranquilo, no despiertes... es la Bal d'Onsella.

Sabemos que son muchas las tierras de Aragón que merecen ser descubiertas. Como si la espectacularidad de los Mallos de Riglos, de Ordesa o de San Juan de la Peña acaparasen todas las miradas, como si sólo ellas fuesen el patrimonio natural destacable, muchos otros lugares permanecen anónimos. La Bal d'Onsella es uno de ellos, un confín solitario, apenas conocido, discreto... y bello. Y es que en el valle, al albor de las cuatro estaciones, se combinan todos los elementos para modelar un paisaje prodigiosamente sobrio. Tierra, agua, cielo... juegan y se confunden, muestran mil colores, crean formas insólitas y caprichosas, para regalarnos un paraje con marcada identidad. Sin estridencias, a mitad de camino entre los Monegros y la frondosidad de los Pirineos, en la Bal d'Onsella se combinan las particularidades del secano con el frescal de la montaña. Quizás por ello, porque es rico en sutilezas y matices, su paisaje no se entrega fácilmente. Requiere estar, caminarlo, abrir los ojos, resistir el frío y el calor. Bien podemos afirmar que comprenderlo y apreciarlo es una tarea ardua y paciente. Pero cuando se persevera es posible capturar algo de su milenaria esencia y descubrir el dinamismo que se esconde en el pasar del año.



Robles, camino de la sierra de la Sarda.

Un algo imperceptible que quizás explique por qué esta tierra invita siempre a volver.

El valle se orienta de este a oeste, paralelo a los Pirineos de los que apenas está separado 30 kilómetros a vuelo de pájaro. Esta situación claramente prepirenaica justifica, en parte, que tras la falsa apariencia de llanura y placidez del valle se encuentre una orografía accidentada. En efecto, si contemplásemos la Bal d'Onsella desde el aire la impresión sería la de una sucesión de parcelas entre montañas, con un hilo de plata serpenteando entre ellas. Pero bien sabe el campesino o el pastor el esfuerzo que supone atravesar los cerros y cruzar los barrancos que surcan esta tierra. Su carácter montañoso alcanza la máxima expresión en el monte de Santo Domingo, que con sus 1.523 m de altura es la mayor cota del valle. En sus laderas nace el río Onsella, poco caudaloso pero constante, que serpentea a lo largo de 35 kilómetros hasta





Iserie, reinando sobre el Onsella.

el río Aragón, donde tributa sus aguas. La sierra de la Sarda, al norte, y la sierra de Roita, al sur, enmarcan el valle, que se amplía progresivamente hasta fundirse en la llanura de Navarra. Gracias a estas sierras el valle queda bien definido y, como aislado del resto de su entorno, goza de una identidad geográfica propia. A ambos lados del río se agolpan los campos de cultivo, amoldados al relieve, trepando montaña arriba hasta allá donde es posible. Poco imagina el viajero que antaño todo

era una gran masa forestal, sistemáticamente reducida para conquistar al monte las tierras de labor. Ahora, de bosque quedan, principalmente en las laderas orientadas al solano, los frondosos chaparrales formados de encinas y robles, y los pinares de reforestación, casi siempre en los pacos o zonas norte, más húmedas y frías.

Es notable la suma de valores ecológicos y naturales del valle. En primer lugar destaca una fauna rica y variada. El jabalí, bastante



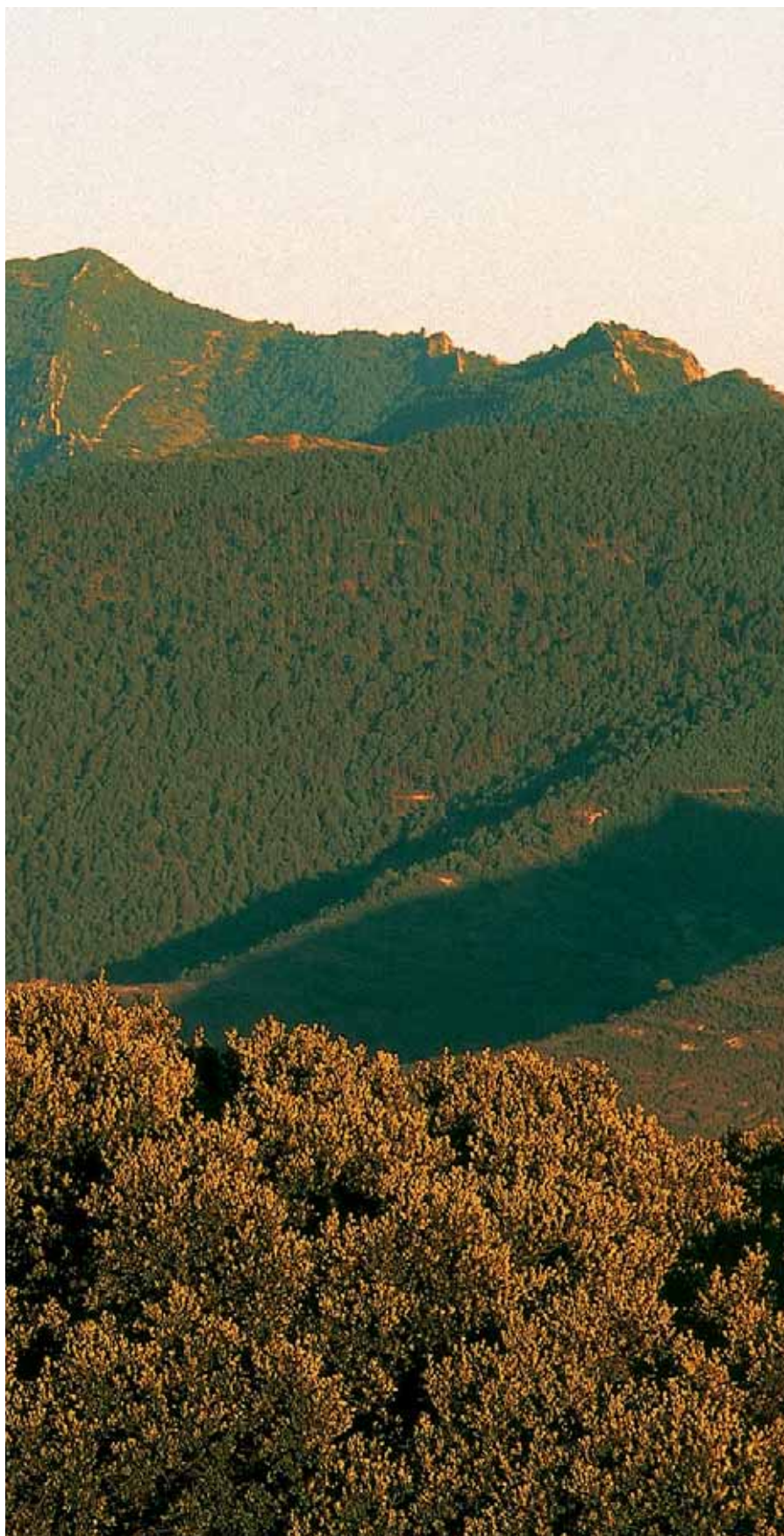


Amanece en el valle.

En la actualidad apenas 600 personas viven de forma estable en los municipios de la Bal d'Onsella, aunque la población puede triplicarse en la temporada veraniega. Después de la notable despoblación que sufrió el territorio a partir de la década de los 60, se ha observado en los últimos tiempos cierta recuperación y estabilidad. Sin embargo la pirámide de población indica un progresivo envejecimiento y plantea serios interrogantes sobre el futuro del valle. Se trata de un porvenir indefectiblemente unido a la economía de las regiones de montaña del país y que está plagado de incertidumbres. La agricultura tradicional, aunque de calidad, no es solución

para todos. Otras formas de producción, en un lugar tan remoto, no parecen muy viables y, si lo fueran, podrían suponer una amenaza definitiva a todo lo que hace de la Bal d'Onsella un lugar especial y diferente. Queda por ver si el turismo y otras actividades vinculadas a los servicios pueden ser garantía de sostenibilidad. De un modo u otro, un territorio como éste no debería ser abandonado a su suerte. Desde el convencimiento que malograr espacios naturales y culturales tan valiosos sería imperdonable, este libro quiere ser a la vez homenaje a la Bal d'Onsella y aliento para que la sociedad aragonesa y los poderes públicos se comprometan con su futuro.





Bal d'Onsella. Los colores del silencio

I. Monte

Monte, material primigenio, modelado en primera instancia por las colosales fuerzas orogénicas. Después vino el agua y la cubierta vegetal. Los diferentes fenómenos erosivos han hecho el resto. No hay duda que en el monte encontramos la esencia del valle. Su contemplación paciente nos evoca historias de hace millones de años. Aquí, en medio del monte, los pueblos y los campos que parecen querer conquistarlo, no son nada. Un suspiro en el gran reloj del Tiempo.

Quizás en lo alto de un cerro en plena noche, sin más distracciones, se comprende algo del valle. Una fuerza extraña emana esta tierra y las dos sierras que la albergan. El silencio nos sumerge en el abismo del alfa y el omega. Con la luz vienen los colores. Lo que antes era una masa opaca y compacta muestra muchos matices. Surcos, barrancos, altiplanos, cerros y rallas. Diferente vegetación, distintos verdes y ocres. Y la acción del ser humano, domesticando, sometiendo al monte, aportando belleza a veces.

Aunque desde allá donde se esté, emergen las peñas de Santo Domingo, omnipresentes, recordando siempre el origen. Con una simple mirada, el Señor de la Bal nos devuelve al sitio justo. Si es preciso deberemos asomarnos a sus cumbres para confirmarlo. Los Pirineos, a un tiro de piedra, muestran su grandeza, explican su paternidad. Desde la altura se conoce otra escala de las cosas. Los bosques intrincados, las pequeñas sendas, los chaparros y los pinos... todo son pequeñas notas de una gran sinfonía.

◁ *Santo Domingo emerge por encima de los chaparros.*



Bal d'Onsella. Los colores del silencio



Arañones y «tapaculos», en el seco no hay fruto sin espinas.



Bal d'Onsella. Los colores del silencio



△ Torcaes, jabalíes, perdices y zorros son algunos de los animales que viven en el valle.

Rallas de Santo Domingo. ▷▷

Bal d'Onsella. Los colores del silencio



El hongo rojo o «rovellón», precioso tesoro del pinar.



Llegando al nacimiento del río Onsella.



